



Secretos para un desconocimiento de Galicia

Las editoriales no gallegas están haciendo un particularísimo agosto con el mercado librero de Galicia. Desde que Siglo XXI descubrió el filón con la *Antropología cultural de Galicia* (Carmelo Lisón), continuando luego con *El primer Castrelo e Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana* (J. A. Durán), han sido varias las casas editoriales de Madrid o Barcelona que han integrado algún libro gallego en su catálogo. Producciones no muy afortunadas, por cierto, si se exceptúan los casos citados de Siglo XXI o la Colección *Arealonga*, de la editorial Akal, que ha dado al lector libros tan fundamentales como el *Informe dramático sobre la lengua gallega* (Alonso Montero), *Brujos y astrólogos de la Inquisición de Galicia* (Bernardo Barreiro), *Viaje por las escuelas de Galicia* (Luis Bello), etcétera.

El caso es que, en el contexto de esta política editorial extragallega, acaba de incidir una editorial madrileña, Al-Borak. Sin duda, animada por la prometedora —y ya relativa— virginidad del mercado gallego, publicó una llamada *Guía secreta de Galicia*, cuyo autor, Juan Soto, parece haber querido entender de peculiar manera el sentido de lo secreto. Verdaderamente, si se atiende a que el significado de tal palabra aparece reflejado en el Diccionario

de la Real Academia como aquello «que cuidadosamente se tiene reservado», hay que convenir que la citada guía, más que tal cosa, debería llamarse «método para la conversión en secreto de Galicia». De tal modo llega a confundir datos y referencias, que resulta fácil creer que sus lectores van a terminar teniendo una idea más secreta de Galicia que antes de emprender la lectura de sus guiadoras páginas.

Se puede anotar —sin ánimo de agotar las señalizaciones— que confunde a Salvador García Bodaño con una «poeta gallega contemporánea» (pág. 58), que sitúa el pazo de Oca (el «Versalles gallego») en ruta que parte y retorna a la ría de Pontevedra (pág. 309), lo que viene a resultar algo parecido, salvando las distancias, a decir que a La Coruña se va, desde Madrid, por Barcelona. El pazo de Oca se encuentra en la comarca

de La Estrada, a 26 kilómetros de Santiago y a 55 de Pontevedra. Lo lógico hubiera sido dirigir al viajero a su emplazamiento desde Santiago.

El palacio compostelano de Fonseca ha dejado de ser Facultad de Farmacia hace varios años, al revés de lo que se dice en la página 143, y es en la actualidad Facultad de Económicas. ¿A qué se debe la manifiesta manía de encontrar en todas partes algo que sea lo más bello de Galicia? En la página 314 se dice que se va «por Hío para ver el cruceiro más bello de Galicia». En la 239, el autor se pregunta: «¿No será este cruceiro de San Benito, en Allariz, el más bello de Galicia?».

A esto se le podría llamar coleccionismo, reparto de medallas o algo parecido. A Santa María do Sar, en Santiago, por ejemplo, le tocó ser titulada de «claustró más bello de Galicia» (pág. 150). Las mozas de este o de aquel sitio son las más esto o aquello. ¿Qué secreto le queda a Galicia después de tanta categorización absolutista?

En Orense, la guía se arma un lío al querer descifrar «lo de Orense», que es algo de lo que nadie sabe bien por dónde andan los tiros.

«Lo de Orense» es, por el momento, demasiado complejo, e incluso confuso, como para pretender despacharlo diciendo que «parece que se trata de un segundo Matosa». El secreto no queda, desde luego, desvelado, y menos añadiendo (pág. 233) que esta vez las siglas son UTECO.

No deja de ser particular la lista, para andar por casa, de libros recomendados (página 334), con omisiones tan notables como la *Historia de Galicia* que dirigió Otero Pedrayo (como libro casi «secreto»), la *Antología cultural de Galicia* (como libro corriente) o el *Informe dramático...* (como libro polémico). Un curioso secreto lo representa el hecho de recomendar en Santiago (pág. 329) el café Español, que hace más de cinco años que desapareció.

En resumen: el secreto de esta guía —que si de algo «guía» es acerca de las cosas de Lugo, las únicas sobre las que su autor parece no escribir de memoria— radica en la contribución que viene a hacer reafirmando, con sus fallos, que la mejor guía de Galicia sigue siendo la que don Ramón Otero Pedrayo escribió y publicó hace ya más de cuarenta años. Escrita, se supone que con bue-

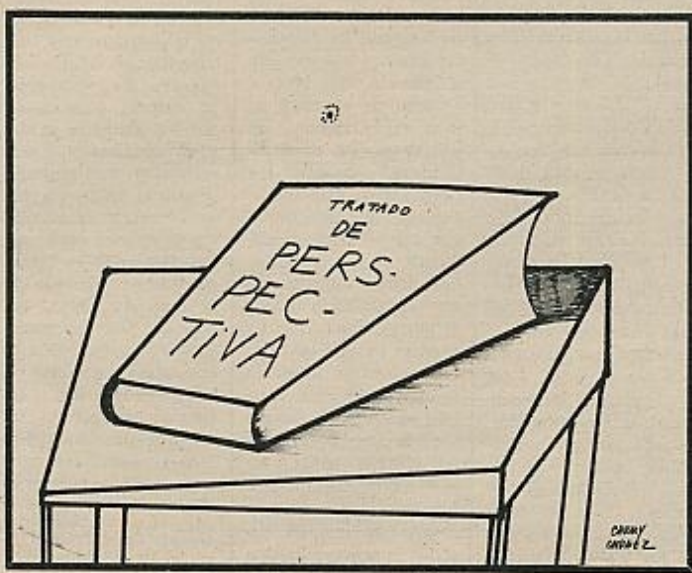
na intención, un poco al modo vazquezmontaliano y un mucho a la manera umbraliana —en cuanto al estilo, lógicamente, y no a nada más—, viene a ser un intento más de «sacar un libro» aprovechando la creciente demanda de producto cultural que siente Galicia. Desafortunado, desde luego. Lo que tampoco es cosa nueva, después de la disparatada *Antología de Alianza* Editorial y de otras andanzas librerías producidas últimamente. ■ PERFECTO C. MURUAIS.

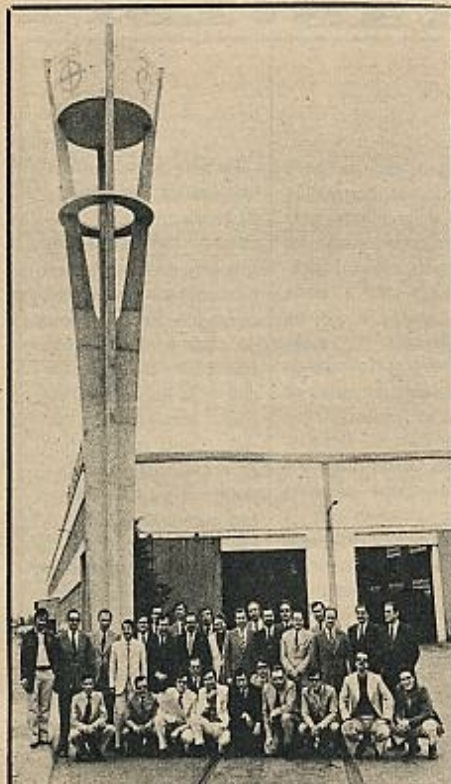
Teatro hispanoamericano. Una antología crítica

Creo que me he referido alguna vez, comentando libros salidos de su esfuerzo, a las especiales características del importante servicio que hoy rinden a la historia de nuestra literatura los «hispanistas» de las universidades norteamericanas. Disponen, en efecto, de un tiempo para la investigación, de un apoyo económico para llevarla a cabo, de una colaboración editorial, gracias a cuya concurrencia de factores se da la paradoja de que hoy se escriban en los Estados Unidos trabajos sobre literatura española materialmente inviables en España. Señalar que, a menudo, el rigor erudito de tales trabajos ve menguado su interés por el criterio arqueológico de quienes los hacen, imposibilitados de verificar la vigencia o corrección de interpretaciones enterradas en fichas y libros del pasado, sería completar con brevedad el juicio que merecen muchas de estas valiosas propuestas. Es el problema de concebir la cultura como una suma de conocimientos o como interrogaciones que afrontar desde nuestra circunstancia.

De esta nueva *Antología Crítica del Teatro Hispanoamericano*, hecha en USA por Carlos Ripoll y Andrés Valdespino, editada por Anaya, se podría decir, supongo, algo de lo anterior. Innegable la oportunidad de la *Antología*. Precisas, bien documentadas y más cálidas que de costumbre, las introducciones a las distintas obras, no sólo atentas a sintetizar la significación de estas últimas, sino la personalidad de sus autores. Útiles siempre las notas a pie de página, que nos permiten enfrentarnos con los americanismos de los textos, etc., etc. Sin embargo, después de leer los dos volúmenes, uno echa de menos el comentario integrador, la perspectiva que subraye la relación entre unos y otros, el texto que nos ayude, en fin, a mejor comprender ese importantísimo fenómeno cultural e histórico que aquí se etiqueta con el nombre de «Hispanoamérica». Aun que quizá ese sea un trabajo que nos corresponda a los lectores de la *Antología* y que bastante hacen ya sus autores agrupando un material que suscita una serie de preguntas en torno a la parcial pero importante unidad de un área interesadamente atomizada.

Cierto que cuando los españoles llegaron a América se enfrentaron a civilizaciones muy diversas. Ciertamente América es inmensa y que el espíritu de los colonizadores forzó una imagen unitaria —a la que corresponde hoy la de Hispanoamérica— ajena muchas veces a las profundas particularidades de unos y otros lugares. Todo eso es cierto. Pero si tres siglos de conquista arrojan una historia dominada por las consabidas fuerzas de colonización e independencia, creo que, a estas alturas, debemos empezar a comprender y a sentir toda la intrahistoria de





III CURSILLO TETRACERO

Se ha celebrado recientemente en Madrid el III Cursillo Tetracero de cálculo de estructuras de hormigón armado, al que ha asistido un grupo de ingenieros procedentes de distintos puntos de nuestra geografía, que han seguido con enorme interés todas las sesiones teóricas, prácticas y experimentales, a través de las cuales se han tratado todos los temas relacionados con el cálculo, de acuerdo con los más recientes métodos. Estos cursillos, cuya realización corre a cargo del Instituto Técnico de Materiales y Construcciones (Intemac), están teniendo amplia resonancia nacional, y la experiencia obtenida después de los tres primeros —orientados a arquitectos, aparejadores e ingenieros, respectivamente— confirma el alto interés de los mismos, ya que representan una eficaz ayuda para el técnico relacionado con la construcción. (Foto: DIEGO MARTIN.)

esos tres siglos, más la del siglo y medio que tales países —salvo Cuba y Puerto Rico— llevan ya de independencia, como un entramado de intercambios, mestizajes y transvasos que exceden la simple explicación política y económica de la Conquista. Justamente, leyendo esta Antología sentía yo a cada paso una tácita corrección de la falsa manera como nos ha sido enseñada nuestra propia literatura y nuestra historia. Repasando la biografía de la mayor parte de los autores elegidos, viajeros de acá para allá o viceversa, víctimas de los mismos abusos y personajes que hubieron de soportar los escritores que llamamos españoles, ligados a ellos en las corrientes literarias de la época, próximos en más de un caso al triste destino político de nuestro pueblo, uno se reafirma en la idea de que la historia de un mundo, del que formaba parte España y la hoy llamada Hispanoamérica, habrá de volver a escribirse, superando la pautas de las fronteras nacionales, descubriendo el juego de las clases sociales, de los intereses de la oligarquía española, primero, y de las oligarquías criollas, después, falsificadores de la historia que se nos cuenta. Aquí vienen al pelo aquellos poemas de Brecht en los que se preguntaba por los constructores de las Pirámides o por los soldados que han dejado memoria del nombre de sus generales. Es todo el pueblo de América Latina el que espera sus nuevos historiadores.

El primer volumen de la Antología está dedicado a la Época Colonial. Incluye obras de Juan Pérez Ramírez, Cristóbal de Llerena, Fernán González de Esclava, Juan Ruiz de Alarcón, Juan del Valle y Caviedes, sor Juana Inés de la Cruz, Juan de Espinosa Medrano, Pedro de Peralta Bar-nuevo y dos textos anónimos, «Ollanta», escrito originalmente en quechua, y «El amor de la estanciera». La lectura de los textos, siguiendo

un orden cronológico, no puede arrojar más concluyentes resultados. Lo que empieza en el «Desposorio espiritual» entre el pastor Pedro y la Iglesia mexicana acaba en una pieza política de final feliz —que, según dicen, se hizo representar Tupac Amaru para estímulo de una rebelión que los conquistadores acabaron liquidando con repugnante brutalidad— y en una sátira destinada a ponderar las virtudes de un joven gaucho frente a un señorito portugués. La cosa, al fin y al cabo, aunque tenga ya dos siglos, no es tan vieja. Las esperanzas de Tupac Amaru —que, por cierto, conoció «Ollanta» gracias a un cura español, Antonio Valdés— y el modo como la realidad negó el teatro o la fanfarronería del aristócrata frente al pueblo, son historias que, trágica una, ridícula la otra, aún nos son familiares. El hecho de que en «Ollanta» acabaran las cosas mejor que en la vida real de Tupac Amaru, o que la estanciera de la sátira prefiriese el gaucho al aristócrata es sólo una prueba de la ingenuidad de la mayor parte de los que escriben.

En el segundo volumen aparecen los nombres de Juan Cruz Carrel, Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Rodríguez Galván, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Manuel Ascencio Segura, Ramón Méndez Quiñones y Florencio Sánchez. Aquí, metidos ya en el siglo XIX, ya no existen los escritores americanos que con-quistaban en Madrid —como es el caso de Ruiz de Alarcón— un primer puesto de la literatura española. La Gertrudis de Avellaneda, cubana, de una tierra que aún no era independiente, es la excepción. Los demás empiezan a ser acuartelados ya por el nacionalismo, aun inseguras todavía las fronteras que los intereses criollos acabarían estableciendo en la recién «independizada» tierra. El volumen vuelve a sumergirnos ante una realidad en trance de interesada amputación. Como si la negrura natura-

lista de Florencio Sánchez o la esperanza de los jíbaros (campesinos de Puerto Rico) de la obra de Méndez Quiñones nos fueran ajenas. Las luchas de cualquier parte nos interesan, pero yo creo que en el caso del mundo que asoma a este teatro escrito en castellano tendríamos que aprender —más allá de cualquier provincianismo cultural, sintiéndonos una parte más, sin asomos de pedantería neocolonial— a saber que es también el nuestro. ■ JOSE MONLEON.

«Los subversivos»

«Los subversivos», de Antonio Caso, periodista cubano (1), ofrece una serie de relatos testimoniales y apasionados de la lucha guerrillera en Brasil, de 1968 a hoy, y sus conclusiones sobre la eficacia de este tipo de vanguardia armada son altamente optimistas, pese a reconocer el autor que «aquel puñado de combatientes urbanos estuvo lejos de conquistar el poder» y su acción se vio privada del «respaldo militante efectivo» de las masas. El optimismo se basa en la consideración de que la lucha revolucionaria en Brasil será larga y lenta, y lo ocurrido hasta ahora puede considerarse el comienzo.

Frente a la teoría del «foco» guerrillero argumentada por Régis Debray en su «Revolución en la Revolución?», los guerrilleros brasileños, pasados los momentos de euforia provocados por sus primeros éxitos y el desconcierto momentáneo del régimen debido al factor sorpresa, parecen inclinarse por la «guerra prolongada», siguiendo en líneas generales el ejemplo de la inmensa China, un país que por sus características geopolíticas y económicas apunta similitudes con Brasil fáciles de indagar.

Los testimonios del libro comentado recogen a gente de los tres prin-

(1) «Los subversivos», Antonio Caso. Premio Casa de las Américas 1973.

cipales sectores de la guerrilla brasileña: los estudiantes, los profesionales, los obreros y los ex militares que voluntaria o forzosamente abandonaron sus cuarteles para enfrentarse a tiros a sus antiguos compañeros.

El punto álgido de la izquierda armada brasileña se alcanza en septiembre de 1969, con el secuestro en Río del embajador norteamericano Charles Burke Elbrick, y alcanza su reflujo táctico definitivo dos años después, con la muerte del comandante Carlos Lamarca, por ahora el último dirigente guerrillero conocido en Brasil. Con anterioridad a Lamarca existía una larga lista de caídos encabezada por Marigella, Cámara Ferreira, Mario Alves y Guimarães de Brito.

Muchos de los testimonios de «Los subversivos» tienen el valor periodístico del dato inédito, y explican con palabras sencillas y claras (como corresponde al estilo de auténticos combatientes) el origen, el auge, el acoso a la guerrilla urbana y los golpes finales que la desmoronan. Por las páginas de este libro desfilan testimonios en los que se confunde lo trágico y lo cómico, lo decisivo y lo trivial, lo sensacional y lo anónimo. Desde la historia del guerrillero Yoshitame Fugimore, que asaltó dos veces en un mes el mismo Banco en Sao Paulo, y casi mata del susto la segunda vez al gerente cuando le saludó en forma muy respetuosa: «¿Se acuerda de mí, señor gerente?», hasta la decidida actitud de la señora que hizo huir con sus gritos a los guerrilleros que intentaban quitarla el coche, pasando por la idea de secuestrar al embajador norteamericano, surgida al azar, cuando uno de los «subversivos» vio pasar su coche por una calle poco conocida en el barrio carioca de Botafogo.

Los detalles de interés se suceden en relatos esclarecedores y ágilmente montados. Por ellos sabemos que el embajador Elbrick se portó como un manso